

# Hobsbawm encara el tercer milenio

Carlos Aguirre

## Guerra y paz en el siglo XXI

de Eric Hobsbawm

Barcelona: Crítica, 2007, 179 pp.,

US\$ 26,33

Eric J. Hobsbawm (Alejandría, 1917) es uno de los historiadores más influyentes, leídos, admirados y discutidos del mundo. Su presencia en los debates intelectuales y políticos a lo largo de varias décadas justificó largamente su inclusión en la polémica selección que hicieron en 2005 las revistas *Prospect* y *Foreign Policy* de los 100 intelectuales más influyentes del globo. Políglota (habla cinco idiomas y puede leer en varios más), viajero incansable, erudito y dueño de una de las mejores plumas entre los historiadores contemporáneos, Hobsbawm genera admiración aun entre quienes discrepan con él. En una época en que pocos se definirían como “marxistas”, Hobsbawm no oculta su filiación ideológica y reclama para Marx una vigencia que muchos hace tiempo han recusado. Izquierdista de la vieja guardia, se ha pasado al menos setenta años de su vida defendiendo la posibilidad (y la necesidad) de construir sociedades humanas más justas y solidarias. Crítico agudo del capitalismo y el imperialismo, Hobsbawm es no solo un historiador, sino ante todo un intelectual público. Aparte de ser un académico serio y riguroso, asumió desde joven un compromiso ético y político con los esfuerzos de transformación social y de solidaridad con quienes padecen los efectos de las desigualdades que genera el capitalismo. Su apasionante libro de memorias, *Años interesantes*,<sup>1</sup> termina con un llamado a seguir denunciando y combatiendo la injusticia social –“después de todo el mundo no cambiará por sí mismo”. A los noventa años sigue tan activo como siempre, viajando, ofreciendo conferencias y entrevistas, y escribiendo ensayos y libros. Si de algo podemos estar seguros es que Hobsbawm jamás conocerá el descanso o la jubilación. Prueba de ello es el libro que apareció este año simultáneamente en varios idiomas, *Guerra y paz en el siglo XXI*, y que contiene las reflexiones de un historiador no sobre el pasado, sino más bien sobre el presente y el futuro de las sociedades humanas.

Su biografía contiene suficientes elemen-

<sup>1</sup> Eric Hobsbawm, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX* (Barcelona: Crítica, 2002).

tos para considerarlo un testigo excepcional del siglo XX: nació en Egipto, de padres judíos británicos; pasó su infancia en Viena y su adolescencia en Berlín, donde asistió al colapso de la República de Weimar y al surgimiento del nazismo; perdió a sus padres a temprana edad y se trasladó a Inglaterra. Su precoz talento lo hizo merecedor de una beca para estudiar en la Universidad de Cambridge. Participó de la resistencia anti fascista, estuvo en París en la época del Frente Popular, y asistió al congreso de intelectuales en defensa de la república española amenazada por el nacionalismo fascista de Franco. Ya para entonces era miembro del Partido Comunista Británico, al que no renunciaría ni aun en 1956 cuando, luego de las “revelaciones” sobre los crímenes de Stalin, muchos de sus camaradas –incluyendo varios de los historiadores que formaban el grupo de historia del PC británico– lo abandonaron. Estuvo en Cuba varias veces desde comienzos de la década de 1960 y naturalmente conoció a Fidel Castro y Che Guevara –de ellos, sin embargo, no escribe con mucho entusiasmo ni parece guardar recuerdos personales demasiado intensos. Estuvo en San Francisco y Berkeley en la turbulenta década de 1960 y fue testigo de las famosas revueltas de estudiantes en París en Mayo del 68. Visitó Chile durante los críticos años del experimento socialista de Allende y el Perú durante el reformismo militar de Velasco Alvarado. Ha vivido lo suficiente para ver el nacimiento y el final del régimen soviético, el auge y caída del nazi-fascismo, la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Fría de principio a fin, la crisis del socialismo realmente existente, los atentados contra las Torres Gemelas, y el lanzamiento de la guerra contra el terrorismo. “En el curso de mi vida –escribe en su *Guerra y paz en el siglo XXI*– he visto el final de todos los imperios coloniales, el final del llamado Reich de Mil Años alemán, que duró solo doce, y el final del sueño soviético de la revolución mundial”. Hobsbawm, irónicamente, ha vivido más tiempo del que él mismo le atribuyó al “corto” siglo XX, que según él empezó en 1914 con la Primera Guerra Mundial y terminó en 1991 con la caída del bloque socialista.

Hobsbawm abrazó desde temprana edad el materialismo histórico como metodología y referente teórico en su trabajo como historiador, pero no se convirtió en un rehén de las versiones más dogmáticas de la ideología marxista. Más bien contribuyó, junto con otros historiadores y académicos

británicos como E.P. Thompson, Christopher Hill, Raymond Williams y Raphael Samuel, a renovar el marxismo y despojarlo de algunas de sus aristas más rígidas y dogmáticas –pero ha sido también ortodoxo a su manera; jamás renunció a algunos de los principios básicos del materialismo histórico: la visión de las sociedades humanas como realidades estructuradas por relaciones y conflictos de clase, el carácter central de los procesos económicos en el desarrollo de las sociedades humanas y la certidumbre en la posibilidad de desentrañar los mecanismos que explican el funcionamiento de las sociedades a través del análisis histórico y sociológico.

Por la variedad y vastedad de su obra, y por su constante preocupación por los temas del presente, Hobsbawm es realmente un historiador poco convencional. Su producción escrita abarca, geográficamente, la mayor parte del globo, y temáticamente, una larga lista de preocupaciones, desde el jazz y la cultura popular hasta el estudio del nacionalismo y el imperialismo. Debe haber muy pocos intelectuales en el mundo –vivos o muertos– cuya obra se compare a la suya en densidad, originalidad y rigor. Millones de lectores en decenas de idiomas reconocen su nombre y generaciones enteras de historiadores (quizás hoy menos que en las décadas de 1960 y 1970) se han educado leyendo sus libros y asimilando (o a ratos, imitando) sus métodos, estilo y temáticas. Sería imposible hacer justicia en unas cuantas líneas a la amplitud y variedad de sus contribuciones al conocimiento histórico, pero algunas pistas resultan imprescindibles.

Hobsbawm es autor de una serie de trabajos pioneros sobre la historia de los sectores marginales y explotados y sus formas de protesta social que ayudaron a consolidar una perspectiva historiográfica conocida como “historia desde abajo”. Libros como *Bandidos*, *Rebeldes primitivos*, *Trabajadores*, y *Revolución industrial y revuelta agraria*. *El Capitán Swing*, escrito este último en colaboración con George Rudé, son hoy clásicos de la historiografía moderna. Aunque sus interpretaciones de algunos de estos movimientos resultan hoy cuestionables –su tesis sobre el carácter “pre político” de ciertos movimientos sociales, por ejemplo– estos trabajos fueron inmensamente fértiles y dejaron una huella profunda en la historia social tal como se practicaba en distintas partes del mundo. Por otro lado, Hobsbawm produjo también estudios que apuntaban, no a rescatar del olvido a los sectores oprimidos, sino a desentrañar la naturaleza de las estructuras políticas, económicas y sociales de Inglate-

rra y Europa a partir de la Revolución Industrial. Libros como *En torno a los orígenes de la revolución industrial* e *Industria e imperio*. *Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750* abrieron nuevas pistas para entender las sociedades capitalistas modernas.

Con un alcance mucho más ambicioso, revelador de su inmensa erudición y capacidad de síntesis, escribió a lo largo de casi tres décadas una historia del mundo moderno en cuatro tomos: *La era de la revolución (1789-1848)*, *La era del capital (1848-1875)*, *La era del imperio (1875-1914)* y *La era de los extremos. Una historia del mundo, 1914-1991* –esta última traducida al español con el mucho más prosaico título de *Historia del siglo XX*. Estos libros combinan admirablemente lo macro estructural con anécdotas oportunas y detalles iluminadores, y analizan los patrones de desarrollo económico y político sin descuidar los cambios culturales y la evolución de las artes y la literatura. Escribió también un iluminador estudio sobre *Naciones y nacionalismo desde 1789*, en el que se adhería a la idea de que las naciones son entidades esencialmente modernas e insistía en la propuesta de que el nacionalismo antecede a las naciones. Fue coeditor de un influyente volumen sobre *La invención de la tradición* en el que, junto con otros historiadores y antropólogos, llamó la atención sobre la forma en que muchas de las “tradiciones” supuestamente antiguas –incluyendo aquellas que dan sustento a formas de identidad nacionalista– no solo son bastante recientes, sino además “inventadas” y ritualizadas como parte de diversos proyectos políticos y culturales.

Hobsbawm ha escrito, además, numerosos trabajos sobre la teoría y la historia marxista y socialista, incluyendo *Formaciones económicas pre-capitalistas*, *Historia del marxismo*, *Ecos de la marsellesa* y *Política para una izquierda racional*, y ha reunido sus reflexiones sobre teoría y metodología de la historia en los volúmenes *Marxismo e historia social* y *Sobre la historia*. Su pasión por el jazz lo llevó a escribir durante años crónicas bajo seudónimo que luego reunió en el volumen *Gente poco corriente*. Incansable máquina de pensar y escribir, Hobsbawm ha estado presente en casi todos los debates intelectuales de su siglo.

Ciudadano del mundo por elección más que por accidente, Hobsbawm ha tenido una relación cercana con América Latina desde, al menos, los años aurales de la Re-



### MEXICAN MESSIAH

ANDRÉS MANUEL LOPEZ OBRADOR

George W. Grayson

"No scholar has followed Mexican electoral politics more closely than George Grayson, who capitalizes on that extensive knowledge to provide a readable, provocative, critical, extensively researched biography that sheds light on Mexico's most controversial politician. Grayson's challenging interpretations and revelations allow readers to more fully understand López Obrador's personal and political motivations, his dramatic rise to national prominence, and his place in the recent wave of populist, left-of-center national political figures in Latin America."

—Roderic Ai Camp,  
Claremont McKenna College

360 pages | 1 map | \$35.00 cloth

New in Paperback

### POWER FROM EXPERIENCE

URBAN POPULAR MOVEMENTS IN LATE TWENTIETH-CENTURY MEXICO

Paul Lawrence Haber

"Power from Experience is a tour de force. Haber provides a compelling and highly significant analysis of the contribution of social movements among the urban poor in Mexico to that country's transition to democracy. . . . Experts, students, as well as general readers will have much to learn from reading this book."

—Vivienne Bennett,  
California State University, San Marcos

296 pages | \$25.00 paper

New in Paperback

### DOWNSIZING THE STATE

PRIVATIZATION AND THE LIMITS OF NEOLIBERAL REFORM IN MEXICO

Dag MacLeod

"Dag MacLeod has produced an excellent book. . . . He has managed to capture the sentiments of many ordinary Mexicans during the past decade. . . . MacLeod has carefully turned the very difficult theme of private-public sector linkages, and its contradictions, into a readable and well crafted series of case studies."

—Lorenzo Covarrubias,  
Contemporary Sociology

320 pages | \$29.00 paper

penn state press

AVAILABLE IN BOOKSTORES  
OR ORDER TOLL FREE 1-800-326-9180  
WWW.PSUPRESS.ORG

volución Cubana. Como muchos otros intelectuales de su tiempo se interesó por el destino de la isla y, aunque no escribió mucho sobre ella, sí se sintió atraído hacia América Latina como resultado de la entrada en la escena mundial del socialismo cubano. Nunca se consideró un "latinoamericanista", pero dice haber adquirido un especial afecto por esta región y su gente, y ha visitado todos los países de América Latina con excepción de Venezuela y las Guayanas. Viajó muchas veces a Cuba durante la década de 1960; en 1962 pasó algunos meses en Brasil, Argentina, Perú, Chile, Bolivia y Colombia, países en los que fue testigo de numerosos movimientos sociales y revolucionarios a los que, como un "intermitente visitante marxista", miraba con simpatía. Era la década de la esperanza y de los sueños de justicia social, y para Hobsbawm la revolución socialista era tan necesaria como posible. En su visita a Colombia conoció a Camilo Torres y discutió con él sus ideas sobre la acción guerrillera. Aunque simpatizaba con el esfuerzo por transformar radicalmente las estructuras sociopolíticas de la región, no vaciló en considerar "suicida" el proyecto guerrillero guevarista que intentaba llevar adelante una revolución sobre la base de las acciones de pequeños grupos que actuaban en zonas remotas de los centros de poder. A comienzos de la década de 1970 visitó México, Perú y Chile. Vio con simpatía pero también con escepticismo el reformismo militar de Velasco Alvarado en el Perú y expresó sus dudas sobre el proyecto socialista chileno —no tanto sobre la necesidad de las reformas radicales de Allende (registra en sus memorias su "apasionado deseo" de que tuvieran éxito), sino sobre las posibilidades reales que tenía de superar los "handicaps" y desafíos que enfrentaba.

Pero lo que más le llamó la atención en América Latina no fue la desigualdad extrema —que era y es ciertamente visible—, sino el abismo que percibió entre las élites sociales e intelectuales y la gente común y corriente. Veía a los intelectuales, incluyendo naturalmente a los de izquierda, como demasiado europeizados y cosmopolitas y muy poco conectados con las gentes ordinarias —las masas de desposeídos y marginados que muchos de aquellos decían representar. Quizás una de las pocas excepciones a ese desencuentro entre intelectuales y pueblo fue el escritor y antropólogo peruano José María Arguedas quien, Hobsbawm recuerda en su libro de memorias, lo acompañó un domingo de 1962 por la mañana a escuchar un concierto de música andina en Lima, donde los migrantes provincianos —todavía relativamente escasos en número— se reunían al margen de la sociedad "limeña" a escuchar las canciones de su tierra. Esta identificación que Hobsbawm sentía con los grupos marginados de las sociedades latinoamericanas aparece nuevamente en uno de los momentos más evocativos de sus memorias: el relato de su visita a Machu Picchu, en cuyas laderas, dice, leyó el famoso poema de Neruda, "Alturas de Machu Picchu". Cuando piensa en América Latina, es la gente ordinaria la que le viene a la mente, aquella de la que forman parte los indígenas de los Andes a quienes Neruda rinde

homenaje en su poema, y con quienes, concluye Hobsbawm, los historiadores tienen todavía una deuda pendiente.

Si hay un aspecto de la trayectoria de Hobsbawm que ha generado controversia, ese es sin duda su larga militancia comunista y su terca resistencia a mostrar el menor signo de arrepentimiento por ello. La forma en que se ha referido a la experiencia del socialismo real, incluyendo por supuesto la Unión Soviética, ha despertado durísimas críticas incluso de parte de muchos de sus propios admiradores. "El sueño de la revolución de octubre", escribe en sus memorias, "todavía está en algún lado dentro de mí", y agrega luego que "a pesar de sus debilidades, su propia existencia [de la Unión Soviética] probó que el socialismo era algo más que solamente un sueño". Y aunque no oculta (¿cómo podría hacerlo?) los crímenes de Stalin —afirma que nunca fue stalinista y siendo miembro del PC Británico escribió en contra de la intervención soviética en Hungría—, se resiste a ensayar una condena frontal, sin matices, del proyecto y las experiencias comunistas del siglo XX. Preguntado hace un tiempo sobre su militancia y si se arrepentía de haber sido miembro del Partido Comunista, contestó enfáticamente que no. En una conferencia ofrecida en Barcelona hace apenas semanas, Hobsbawm insistió en que "el poder del marxismo sigue intacto", pero "no así muchas ideas políticas de Marx que obedecían, más que al análisis, a sueños de igualdad".

¿Cómo explica Hobsbawm su continua militancia en un partido que representaba, al menos parcialmente, un modelo de sociedad que estaba profundamente desacreditado —especialmente después de 1956— y cuyos crímenes horrorizaban incluso a los más fieles? La respuesta está en la peculiar condición del "militante comunista" (o, más precisamente, del "ser comunista") que, según su interpretación, conllevaba un compromiso personal, casi religioso, con una causa superior. "Para aquellos de nosotros que nos hicimos comunistas antes de la guerra, y especialmente antes de 1935, la causa del comunismo era algo a lo que pensábamos dedicar nuestras vidas, y algunos así lo hicieron". El Partido (siempre con mayúsculas para Hobsbawm) tenía siempre la primera, o más propiamente la única, palabra en las vidas de sus militantes. "Aceptábamos", dice, "su disciplina y su jerarquía". Lo que ordenaba el partido debía ser obedecido. ¿Dónde radicaba la autoridad del partido? "Al menos en teoría, en el poder de convencimiento de la razón y el 'socialismo científico'". Esta "moral de una secta", como él mismo la llama, le brindaba a los militantes una capacidad y un poder para convertirse en agentes de cambio político que estaban por encima, muchas veces, de lo que su escaso número podría indicar.

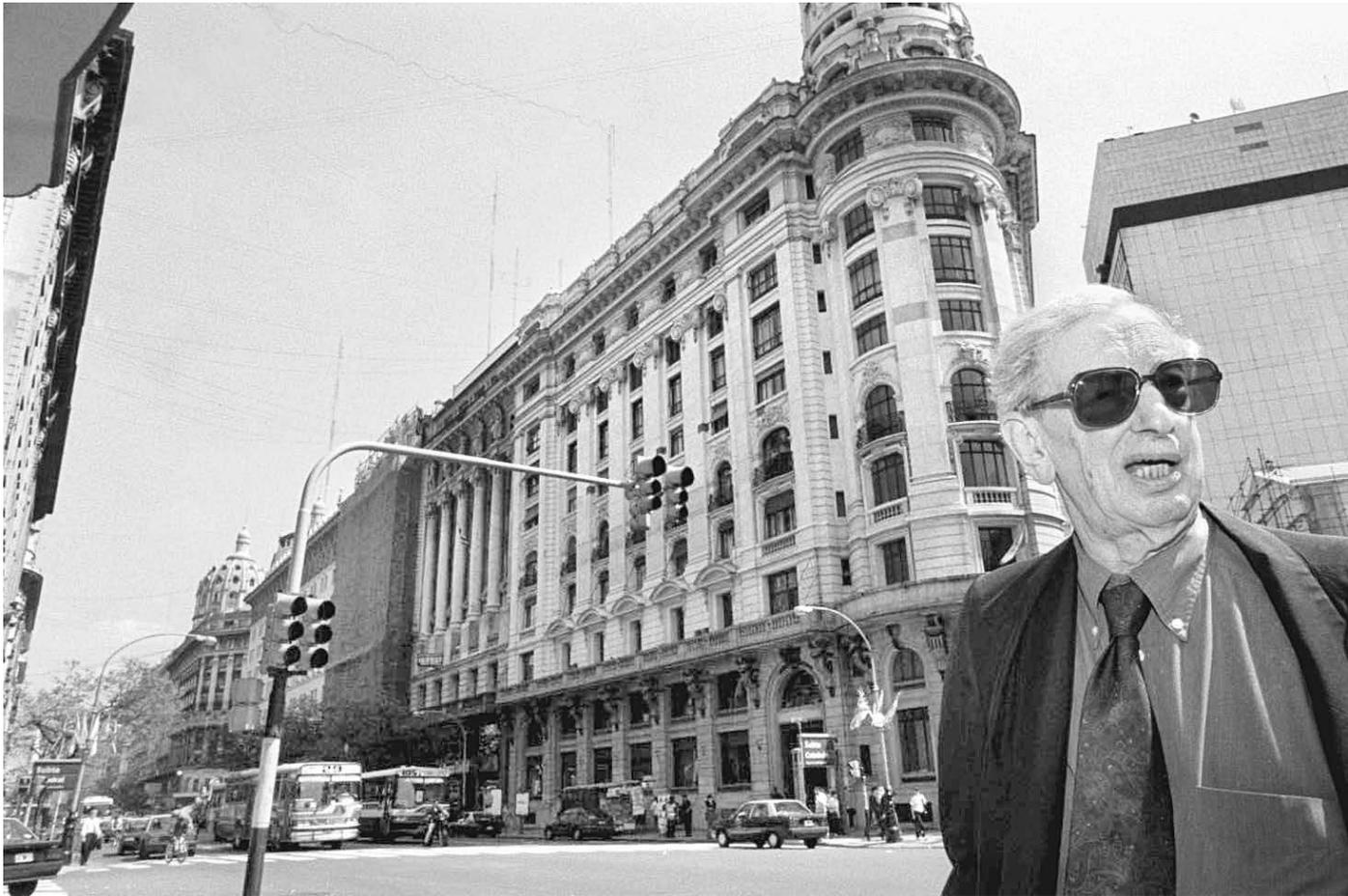
Hobsbawm no busca condenar ni condonar su opción: busca explicarla. Para muchos, aquí radica el talón de Aquiles del intelectual que se resiste a renegar de su pasado. Algunos —Tony Judt, por ejemplo— prácticamente lo descalifican moralmente por su incapacidad para admitir que

se equivocó; otros, como Perry Anderson, son más benevolentes. Aunque también cuestiona la manera como Hobsbawm trata este asunto, Anderson no deja de expresar su admiración por la "dignidad y pasión" con que aquel defiende sus opciones. Hoy, cuando conocemos los desastres que el socialismo realmente existente produjo, cuesta entender las razones por las que alguien como Hobsbawm se mantuvo fiel a esa ideología durante tanto tiempo y hoy se resiste a condenar sin matices el modelo soviético. La respuesta de Hobsbawm es que su militancia comunista no estaba conectada a las realidades de la Unión Soviética. Ella nacía tanto de su adhesión a un proyecto utópico —una sociedad justa e igualitaria—, como de la constatación del fracaso del capitalismo.

El más reciente libro de Hobsbawm, *Guerra y paz en el siglo XXI*, reúne un conjunto de textos que, en conjunto, representan "el esfuerzo de un historiador por deslindar, analizar y comprender la situación del mundo en el arranque del tercer milenio". El tono de estos ensayos es sobrio pero también polémico y sombrío —un comentarista inglés quiso descalificarlo diciendo que se trata de un libro de "opinión política"; es casi seguro que Hobsbawm se ha sentido halagado por esa descripción de su libro.

El libro analiza con agudeza algunas de las contradicciones más visibles del mundo contemporáneo: se lanzan guerras en nombre de la paz; se celebra la globalización, pero se esconde el hecho macizo de que no solo produce desigualdad, sino que esta es casi su condición necesaria e inevitable; y se ensalza la democracia pero no se quiere admitir que no solo no resuelve los problemas de las mayorías, sino que estas casi nunca son consultadas sobre las políticas que deciden sus destinos. Todo esto, además, ocurre al interior de una serie de procesos históricos cuya aceleración "amenaza el futuro de la raza humana y del medio natural". La globalización neo-liberal y sus desigualdades reproducen, no suprimen, "todo tipo de inestabilidades y agravios", tanto en los países pobres del sur (que son los que más sufren las consecuencias de la globalización y los que menos disfrutan sus ventajas) como en los países ricos del norte, donde la llegada masiva de nuevos migrantes produce reacciones violentamente xenófobas: una combinación realmente "explosiva" que amenaza aun más los equilibrios sociales sobre los que debería fundarse la coexistencia humana.

A todo eso se agrega, de manera crucial, la falta de un sistema global de balance geopolítico, una realidad en la que Estados Unidos queda como única superpotencia (aunque claramente en decadencia). El hecho de que su conducción esté en manos de unos dirigentes que ponen en práctica un agresivo proyecto de denuncia de tratados internacionales y de violación de todo tipo de legalidades y derechos para imponer su hegemonía mundial, hace que las perspectivas de convivencia pacífica en el mundo del siglo XXI le parezcan a Hobsbawm demasiado endebles. La expectativa de que el dominio global norteamericano basado en su superioridad militar pueda mantener



Harto idealismo, hartos pesimismo. FOTO: CLARIN CONTENIDOS

y consolidar un nuevo orden mundial es solo una ilusión: la "política megalómana" de los Estados Unidos después de los atentados contra las Torres Gemelas, dirigida por "un grupo de locos políticos", insiste Hobsbawm, "ha socavado, en gran medida, los pilares políticos e ideológicos de su antigua influencia hegemónica, dejando al país sin más instrumentos que una fuerza militar realmente aterradora para consolidar la herencia del período posterior a la Guerra Fría". Hobsbawm ofrece un pronóstico descarnado: "El mayor peligro de la guerra nace de las ambiciones globales de un gobierno en Washington que es incontrolable y aparentemente irracional".

Al menos retóricamente, la agresiva política norteamericana se intenta justificar por el esfuerzo que ella representaría de construir sociedades democráticas allí donde no existen. Pero, ¿qué papel juega dentro de este esquema de globalización y hegemonía militar norteamericana el ideal de la democracia como modelo mundial de convivencia y como aspiración para construir sociedades más justas?

La democracia, sugiere Hobsbawm con punzante ironía, es "una de las vacas más sagradas de la vulgata discursiva política de Occidente", una que "produce en realidad menos leche de lo que suele suponerse". "El bienestar de los países no depende de la presencia o ausencia de un único tipo de orden institucional, por muy recomendable que sea desde el punto de vista moral". La famosa frase de Churchill ("la democracia es la peor de todas las formas de gobierno, a excepción de todas las demás") no fue tanto un argumento a favor de la democracia sino "una expresión de profundo escepticismo". Una actitud que tendría que acentuarse durante la época actual en la que el "desarrollo capitalista globalizado" está de hecho socavando, no

consolidando, la democracia liberal tal como la conocemos.

Hobsbawm postula, por otro lado, una relación totalmente inversa a la del mercado como complemento ideal de la democracia: "El ideal de la soberanía del mercado no es un complemento de la democracia liberal, sino una alternativa a este sistema".

En este modelo, "la participación en el mercado sustituye a la participación en la política. El consumidor ocupa el lugar del ciudadano". Y con ello, la relación entre los ciudadanos y sus autoridades se atenúa, socavando en los hechos uno de los supuestos de la democracia: aquel que hace reposar la soberanía en el pueblo. El mercado de imágenes y *spots* publicitarios sustituye al intercambio de ideas. Las campañas electorales, como podemos constatar sin mucho esfuerzo, se convierten en ferias comerciales, donde lo más importante no es recoger lo que la gente (sobre todo los más pobres) anhelan, sino venderles (literalmente) una imagen, un eslogan o el nombre de un candidato. Y una vez en el gobierno, la preocupación central de esas autoridades supuestamente democráticas es "mantener el mayor número de decisiones posibles al margen de la publicidad y de la política". La decisión de ir a la guerra en Iraq, por ejemplo, se tomó "en privado y en el seno de pequeñas camarillas, de un modo no muy distinto a lo que suele ser práctica común en países no democráticos". La democracia "realmente existente" no garantiza que el siglo XXI resulte ser menos violento e injusto que el terrible siglo XX.

¿Qué nos depara el futuro? Hobsbawm admite que no existe un modelo alternativo al de la democracia liberal —al menos por ahora. "Salvo por la teocracia islamista, no existen ya, en principio, movimientos políticos pujantes que rivalicen con esta forma de gobierno, y no es probable que surja ninguno en el inmediato futu-

ro". La democracia liberal parece tener asegurada su supremacía como modelo hegemónico. Pero no debemos soslayar el hecho, subraya Hobsbawm, de que ella trae consigo "un conjunto de mecanismos políticos radicalmente inadecuados" para enfrentar los desafíos de la humanidad en el siglo XXI. Basta recordar que el país "democrático" por antonomasia, Estados Unidos, cuyos dirigentes prefieren verse a sí mismos como los líderes de una campaña para diseminar la democracia en el resto del mundo, es el que más seriamente amenaza la estabilidad y la paz internacional. "La campaña para difundir la democracia no solo amenaza la integridad de los valores universales, sino que no alcanzará el éxito", sentencia, pesimistamente, Hobsbawm.

**E**l caso de la llamada "guerra contra el terrorismo" es la demostración más clara de que, lamentablemente, Hobsbawm acierta en su diagnóstico. Más que una guerra de la democracia liberal contra el "terror", y más que una defensa de "nuestra forma de vida", se trata de "una retórica concebida... para poner la piel de gallina a los ciudadanos", es

decir, para gobernar por el miedo. El verdadero peligro, insiste Hobsbawm, no radica en grupos pequeños, aunque efectivos, de fanáticos violentistas, sino "en el miedo irracional que sus actividades provocan, y que tanto los medios como los gobiernos imprudentes espolean —poniendo con ello en riesgo el 'modo de vida' que se supone ha de protegerse". Los efectos de esta situación descrita por Hobsbawm los vemos todos los días: un deterioro de las libertades democráticas, un socavamiento del imperio de la ley y la protección a los ciudadanos, una peligrosísima escalada de la impunidad con que se cometen arbitrariedades, y la mundialización del abuso y la prepotencia contra los más débiles. En suma, la dolorosa imposición de un estilo de gobernar que está en las antípodas de la democracia y que en nada contribuye a construir una sociedad humana más justa y equitativa.

El pronóstico de Hobsbawm, como es obvio, es bastante pesimista, y hay razones suficientes para estar de acuerdo con él, sobre todo si dirigimos la mirada a las consecuencias más destructivas de la globalización en marcha: no solo empeoran las condiciones de vida de los sectores más pobres del globo, sino que además amenazan la continuidad misma de la especie humana. La lucidez de Hobsbawm estremece por su realismo, pero si algo podemos reclamarle es no prestar suficiente atención, al menos en este libro, a las posibilidades de resistencia y transformación que todavía existen en amplias regiones del planeta, si bien aún desarticuladas, embrionarias y a veces demasiado volátiles. Nuevos sujetos sociales buscan afanosamente conquistar cuotas de representación política e inventar nuevos escenarios desde donde ejercerla; los migrantes víctimas de xenofobia y racismo se movilizan para defender su derecho a una vida más justa y digna; y nuevos proyectos políticos abandonan los parámetros del neoliberalismo y la democracia restringida en busca de promover formas alternativas de gobierno y soberanía. En este mercado globalizado de ideas, imágenes y marcas, de ilusiones falsas y sueños destrozados, y de una creciente discrepancia entre las posibilidades de combatir y hasta eliminar la pobreza y la voluntad política para conseguirlo, hay todavía espacio para imaginar otra sociedad, quizás no la misma que idearon los revolucionarios de octubre o los militantes comunistas de la generación de Hobsbawm, pero sí una que nos libre de los efectos deshumanizadores de la globalización neoliberal y del terror fanático de los fundamentalistas de uno y otro lado. **PRL**

"¡ESTA REVISTA HABRÁ QUE LEERLA!"

CARLA CORDUA EN EL MERCURIO DE SANTIAGO

PRL